

CONFERENCIA ESCOLAR

La voluntad y la fuerza

No bastaba que la conciencia, pero la conciencia cristiana, fuese la luz del deber moral; no bastaba que el honor, pero el honor cristiano, fuese su móvil, para llegar a cumplirle; se necesitaba la fuerza, la fuerza del hombre, favorecida por la fuerza de Dios. Esta fuerza, la fuerza moral, la fuerza de la voluntad al servicio de la virtud, será el objeto de la instrucción de hoy.

Eso es el hombre: *vir*. Podéis tener los dones más felices: la ciencia, el talento, la distinción, la virtud, os felicito si así es; pero si os falta la fuerza, os falta siempre ese sello personal que hace que sea el hombre lo que es, y que por lo mismo se le llama su sello, su marca especial, su carácter: no tendréis carácter.

Con eso quiero decir, hijos míos, que declinan, que faltan los caracteres. Y no se deja sentir este debilitamiento del alma sólo entre aquellos que podrían excusarse con su corta edad: se siente entre la juventud, entre esa juventud tan débil como frívola, que no tiene fuerza para llevar las armas que tan alegremente manejaron sus abuelos en ese campo de batalla que se llama vida. Espero, hijos míos, que no seréis vosotros objeto de este juicio, porque trabajamos nosotros con afán para formar aquí una generación de hombres fuertes; tenemos aquí la escuela del carácter. El cristianismo es nuestra fuerza: mirad la cruz. A la sombra de esa cruz estudiaré sucesivamente qué es lo que constituye la fuerza del hombre, cómo debe desplegar en los combates por la virtud. Os contaré vuestra misma historia.

I

¿Qué es lo que constituye la fuerza de que hablo aquí, y de qué elementos consta? Teodoro Jouffroy va a contestaros: «No hay quien tenga ya carácter en estos tiempos—escribe,—y es justamente porque, formado el carácter por dos elementos, voluntad firme y principios, falta el segundo y queda inutilizado el primero». Principios fijos, sólidas convicciones; en dos palabras: la posesión y el amor de la verdad, que son, hijos míos, el fondo necesario y la primera base del carácter moral.

Y en efecto, pregunto yo: ¿por quién y para qué he gastar esa fuerza, si no tengo delante de mí un fin que me lleve? ¿Y quién no sabe que la ausencia de toda convicción se convierte en ausencia total de energía y de virilidad? Nadie consagra la vida a virtudes penosas y a insoportables beneficios, apoyado en un puede ser. El sacrificio y la abnegación, la fuerza del alma ¡ah! eran buenos, sólo cuando se marchaba a la sombra de la bandera, de una idea tan evidente como generosa. Comprendo las Cruzadas, comprendo la Liga, comprendo la *Vendée*, comprendo también la era de los mártires; pero hoy: ¿dónde está ese campo de batalla, batalla de hombres o batalla de ideas, donde pueden verse dos hombres que marchan juntos bajo la misma bandera, y donde puedan encontrarse y darse la mano?....

Necesitáis primero convicciones sólidas en todo aquello en que éntren vuestra voluntad y vuestra acción. Sólo obran los que tienen fe. Tened fe literaria, científica, artística; más tarde, si podéis, tened fe política; todo es relativo y contingente. Pero tened, sobre todo, fuertes convicciones religiosas. Ahí está la verdad absoluta, eterna, y en obsequio de ella siempre se considera llegada la hora de los santos entusiasmos y de los nobles combates.

Acabo de pronunciar la palabra. No basta la simple y

fría convicción de la verdad, para que la voluntad sienta todas sus vehemencias y obtenga todas sus eficacias. Se necesitan convicciones apasionadas y ardientes entusiasmos: No hay más que el entusiasmo para obrar grandes maravillas. ¿Y a dónde iremos a buscarlo, si no está en el espíritu y en el corazón de los diez y seis años? ¿Será cierto que no le conoce la juventud de nuestros días, y que no sabe enamorarse de la verdad, de la belleza y del bien, y que aquel ardor por las grandes ideas y por los grandes sacrificios han sido en ella reemplazados por el frío cálculo del interés y de la codicia? Déjese sentir en otros en la edad de fuego esa precoz senilidad, pero no permita el Señor que en nuestros jóvenes suceda cosa semejante. Y aun cuando se apague por todas partes, es necesario que en la escuela cristiana conserve toda su actividad ese fuego sagrado.

La voluntad, como ha dicho Jouffroy, es el segundo elemento de la fuerza moral. Lo primero es saber qué es lo que se debe creer, y después querer lo que se ha de hacer. Mas hay diferentes maneras de querer. Hay quienes quieren con flojedad, concibiendo deseos que jamás se realizan. Las muchedumbres vacilan sin resistencia a merced de los vientos que pasan, y como ordinariamente los vientos que corren por el mundo vienen de regiones malsanas, se abandonan en tropel los hombres a la corriente del mal. Lo peor es que se creen libres; pero su libertad, dice San Pedro, no es más que el velo de su malicia: *Quasi liberi, et non quasi velamen habentes malitiae libertatem*. Cobardes, se niegan a servir al deber, y su primer castigo está en convertirse en esclavos de sus pasiones. La impureza en la juventud, la ambición en la edad viril y la codicia en la vejez, y con frecuencia todas tres en cada edad, se ceban en ese ser desgraciado que se ha negado a someter su voluntad a la voluntad de Dios, y a decir: Quiero. Le secuestran, le apuran, le arrollan a

merced de sus caprichos, y le reducen al lamentable estado de hoja seca, o de espuma fluctuante de que habla San Judas: *Arbores autumnales, fluctus despumantes*.

Es necesario querer con firmeza, con resolución. Se dice a veces: Voluntad de hierro. Fijaos, hijos míos; una voluntad de hierro, un hombre de hierro ha cambiado con la diplomacia el mapa de Europa en el último tercio de este siglo, y ya al principio del mismo lo había cambiado con la guerra otro hombre de hierro. Lo mismo sucede y de manera singular con las conquistas de la ciencia. Ahí hace tanto la voluntad como el genio, según la máxima de Bernardo Palissy: «La ciencia se descubre ante el hombre vigilante, activo y laborioso».

Es necesario querer con perseverancia. «Llegaré hasta el fin a pesar de los pesares», o también: «¿quién estoy, aquí me quedo». La táctica de nuestros enemigos es cansarnos, hostigándonos sin tregua, a fin de hacer que se nos caigan las armas de las manos. ¡Y qué de temer es hoy el desaliento entre los católicos! ¡Qué de temer es también en ese combate interior del cual ha dicho Jesús: «Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo!»

Permitidme, hijos míos, confiaros respecto a esto una de mis más grandes decepciones y de mis más amargas tristezas. Ese joven de veinticinco años que todos los días encuentro calle arriba y calle abajo, con el pensamiento en sus perros y en sus caballos que con seguridad no son los únicos dueños de su vida, ese joven estuvo también en el colegio, lo conocí. Era, lo recuerdo bien, de los más aprovechados en la clase; era bueno y manso, piadoso y caritativo. Contábamos con él para las grandes obras y para la gran acción católica y social. Nos lo prometió y le tomamos la palabra. ¿Qué le ha faltado para ser hoy una de las columnas de la buena causa? La voluntad, el carácter, nada más: es precisamente lo que se necesita.

Muchas veces me he preguntado: ¿Quién, sino el que

quiere, es capaz de hacer algo de importancia aquí abajo? Un día veían los hombres que sus hermanos echaban al mar grandes bloques de piedra y el mar los volvía a la orilla como granos de arena. A pesar de todo, tuvieron perseverancia, y después de algún tiempo se formó un dique contra el cual se estrellaban o quedaban cautivas las olas. Venció la voluntad. Otro día colocaron piedras los hombres al rededor de una roca, o a la orilla de un río; desbordábase el río, y elevábase la roca; las piedras caían o rodaban; perseveraron a pesar de todo, y más tarde vieron los hombres que se elevaban en los mismos lugares la Abadía del Monté de San Miguel, y Nuestra Señora de París. Vencido había la voluntad. Otro día vieron también los hombres que sus hermanos arrancaban zarzas, y araban el desierto: el desierto hacía morir a los que se atrevían a invadirlo; pero los hombres perseveraron, y después de algún tiempo floreció y dió fruto el desierto. Era la Europa de la Edad Media; era la América de ayer; será acaso el Africa de mañana. Vencido había la voluntad. Y otro día en fin, un hombre se embarcaba en una navecilla, y era el primero en afrontar los peligros de la mar tenebrosa y desconocida, a través de la cual su genio había visto un nuevo mundo. Revolvieron contra él los hombres y los elementos: perseveró contra todo y contra todos, y después de haberlo vencido todo en una travesía feliz, Cristóbal Colón se arrodillaba en una tierra nueva. Vencido había la voluntad. ¿Y no tenéis también vosotros, hijos míos, un dique interior que debéis construir, un edificio, un templo interior que debéis levantar, un campo moral que debéis roturar, una lejana tierra que debéis descubrir, y una tierra prometida que debéis esperar? Esa es la conquista de los fuertes: *Et violenti rapiunt illud*.

Y sin embargo, no basta para ser fuerte que haya firmeza y resolución, constancia y perseverancia en la voluntad: se necesita gran cantidad de abnegación. Decíaos

otras veces cuán necesario es el entusiasmo por la idea del deber, y ahora os pido abnegación para la práctica del deber. Quien dice abnegación, dice, a mi parecer, entrega de sí mismo hasta el sacrificio: no os prestéis; daos sin medida y sin retorno. Daos con alegría. Escribió Tucídides, no sé donde, que no hay más grande placer que cumplir con el deber. Es una de las más hermosas palabras de la antigüedad. Y si me atreviera a proponeros el ejemplo de un gran soldado cuya vida he seguido de cerca, os citaría las palabras que dijo al comenzar su brillante carrera: «Prometí ya entonces a mi Dios no negarle jamás cosa alguna, y creo que por su gracia cumplí mi palabra». Ved la voluntad abnegada, generosa y que sabe inmolarsse con alegría; esa voluntad deseo para vosotros.

II

Otra cuestión. ¿En qué campo vais a hacer uso de esa fuerza moral? ¿Contra quién vais a ser fuertes? Habéis de ser fuertes contra el mundo y contra vosotros mismos. ¡Qué maravillas en estas dos palabras! ¡Qué combates anuncian! ¡De qué victorias son mensajeras!

Está primero el mundo; estáis ya hoy en él, o lo estaréis mañana. Pero, puestos en él, ¿os dejaréis seducir por el ejemplo y el lenguaje de los que no creen como vosotros, y que no oran como oráis vosotros? Y por qué así obran ellos, ¿obraréis como ellos, porque les tenéis miedo? ¿Qué preferís: agradar a ellos o hacer la voluntad de Dios? En una palabra, ¿seréis cobardes y desgraciadas víctimas del respeto humano, o héroes del divino respeto del Evangelio? Esta es la cuestión que propongo a mis queridos hijos.

Primero es para vosotros cuestión de fidelidad. Estáis obligados por la fe que habéis jurado a Nuestro Señor Jesucristo: os habéis alistado en sus banderas. Acordaos de vuestros juramentos y de la solemnidad con que los

hicisteis. Era el día de vuestro bautismo; era el día más hermoso todavía, más divino, el día de vuestra primera comunión. La mano sobre el Evangelio, jurasteis: todavía nos transmiten el eco de vuestros juramentos las bóvedas de esta Capilla. ¡Ah! os hago justicia, si no todos, al menos la mayor parte de los que estáis aquí habéis permanecido fieles. Pero es cierto que no es difícil al soldado dar muestras de valor, mientras permanece en el cuartel, o si sale, no sale sino para hacer ejercicio. Mas, cuando mañana quizá salgáis del cuartel al campo, del campo de maniobras al campo de batalla, y veáis que contra vosotros van los tiros, y que estáis en peligro inminente, ¿huiréis entonces y desertaréis de vuestra bandera?

¡Se necesita a veces tan poco para hacer de un pretendido valiente un desertor y un perjuro! Las palabras de una portera fueron bastantes para echar por tierra a Simón Pedro, columna de la Iglesia. Una mirada, una sonrisa burlona, un encogimiento de hombros, un movimiento de cabeza, cuando os ven poner os de rodillas o hacer la señal de la cruz, son más que suficientes. No se necesita una bala para echaros a tierra: basta un poco de pólvora. Se ha desconcertado el pobre niño, se ha abochornado, se ha separado del verdadero camino, ha sido completa su derrota: es ya un tránsito, se ha pasado al enemigo.

Cuestión también de libertad. Si hay hoy día alguna libertad triunfante, es la libertad del mal. Y ¿no hemos de tener nosotros derecho a la libertad del bien? ¿Que ellos, impíos, malvados, han de tener libertad para blasfemar, para faltar a su deber, para deshonorarse! ¿y no la hemos de tener nosotros para orar, para adorar, para confesar, respetarnos a nosotros mismos? Pueden ellos ser masones, socialistas, ateos, anarquistas, nihilistas; y nosotros ¿no hemos de poder ser cristinos, y serlo a cara descubierta y con la cabeza levantada? ¿Qué libertad es ésa que

quieren sólo para ellos y que niegan a los demás? Somos cristianos, porque tenemos derecho a serlo, y porque tenemos el deber de serlo. Nuestros padres fundaron y aseguraron la libertad del mundo, repitiendo mil veces estas palabras ante el pretorio y en el circo de la Roma pagana.

Hay otra cuestión todavía, cuestión de honor y de dignidad. Ese pobre muchacho, ese pobre joven, que no se atreve a manifestar lo que es, ¿cree que por eso gozará de mayor estimación? No, no; sépalo bien, será despreciado. Se le adula antes de caer, y después de la caída se le desprecia: ha renegado, es un traidor; ha vuelto atrás, es un cobarde; ha disimulado, es un hipócrita. Ha querido con eso darse aires de león, y no es más que un carnero que va tras el rebaño. Tiene miedo a aquellos que antes le temían, y que acaso, si hubiera resistido él, hubieran también obrado como él. Porque ¿qué podrán decir de vosotros, si lleváis la cabeza levantada? No sé qué dirán, pero sé lo que pensarán. Pensarán que sois hombres de convicciones grandes y de grandes resoluciones. Pensarán que tenéis alma noble, arrogante, digna y fiel a Dios; y esto hará esperar, sin duda, que seréis fiel a los hombres, y que, cuando llegue el día, se podrá contar con vosotros. Era la conclusión que en circunstancias especiales de que os hablaría, si no lo leyérais por todas partes, sacaba el César, Constancio Cloro, padre del gran Constantino. Pensarán que os distinguís por la fortaleza, y que servís a Dios con fidelidad; y quizá por lo mismo se sientan movidos otros a servirle lo mismo.

¿Necesitaré añadir que es además cuestión de salud para vosotros y para los que os rodean? Los compromisos, hijos míos, no llevan a la salvación: *¿Usquequo claudicatis in duas partes?* ¿Claudica vuestra vida? ¿os paraliza el respeto humano? hoy, seréis pobres rezagados; mañana, cobardes miserables; y esos son precisamente los que todo lo estacan; los que lo pierden todo dentro de la

Iglesia militante. Y acaso ¿no se pierden también ellos mismos? ¿Y no ha amenazado Jesucristo con renegar delante de su Padre de aquellos que reniegan de Él delante de los hombres? No hay compasión para los desertores ante el enemigo: se les pasa por las armas inmediatamente. ¡Oh! misericordiosísimo Jesús, tened piedad de mí! Diga el mundo en adelante lo que quiera: vuestro soy, y sólo a Vos conozco.

Esa debe ser vuestra respuesta, hijos míos. Dadla con vuestros actos, con vuestro ejemplo, con vuestra palabra hablada o escrita. Es uno de los poderes de este siglo. Así debe obrar todo hombre de convicciones: *Credidi, propter quod loquutus sum*, decía de sí mismo el Profeta. Sabéis que esa era la divisa del más eminente orador de este siglo, Berryer. Si un día llegáis a hablar en público, en la cátedra, en el foro, en la tribuna, honrad con vuestro valor vuestra palabra pública. Si un día maneáis una pluma elecuenta, sabia o elegante, haced de la pluma espada, pero una espada que nunca se venda y que jamás se rinda. «Crucificaos en vuestra pluma», decía el P. Lacordaire. ¡Ah! se muy bien por la Escritura que hay tiempo de hablar y tiempo de callar; pero también dice la Escritura: *Insta opportune, importune, argüe, obsecra, increpa*, etc. ¡Y verdaderamente que bastantes nudos habrá en este siglo! Y si en defecto de la palabra pública, no os queda más que la palabra privada, hablad, hablad en esa vuestra jurisdicción íntima, doméstica, y que jamás quede sin testimonio la verdad.

¿Y qué os diré, hijos míos, de la fortaleza de que habéis de hacer uso contra vosotros mismos? Acordaos de aquellas palabras que Tito Livio puso en boca de Mucio Escévola, cuando tenía la mano en el fuego ante el enemigo de su patria: *Facere et pati fortia romanum est*. La fortaleza para obrar ha de servirnos contra el mundo; mas para sufrir, ha de servirnos contra vosotros mismos.

Virtud romana la llama Tito Livio; mejor es virtud cristiana, y por consiguiente, vuestra debe ser, hijos míos.

Bien se que a vuestra edad, sobre todo, se estima en menos esta virtud que aquella otra. Es la virtud del soldado que hace la guardia a la intemperie, y, oculto en el foso, descarga el mauser en la noche, lejos del ruido de la batalla; y sólo en ese ruido sabéis vosotros encontrar heroísmos. Es la gloria del soldado que, encerrado en la fortaleza, prefiere morir de hambre, antes que rendirse; mientras que no veis gloria vosotros sino en las salidas y en los asaltos. ¿Y no sabéis que hay un valor que consiste en callar, en sufrir y en esperar? *In silentio et spe fortitudo erit.*

Sabed sufrir, hijos míos, que la fortaleza en el sufrimiento tiene un nombre. Os he hablado del entusiasmo, os he hablado de la abnegación; dejad que os hable ahora del sacrificio. Praticadlo en la vida privada. Ha llegado el tiempo de concluir con esa vida muelle, sensual, enervante, bajo la cual perecerá ahogada nuestra generación, como aquel emperador romano a quien ahogaron debajo energética, de las almohadas. Entrad, por el contrario, en esa vida austera, generosa, viril, que es capaz de salvar las almas y los pueblos, y que llamaba Bossuet «la incomprendible seriedad de la vida cristiana».

Practicadla cada día en vuestra vida pública; frecuentes son las ocasiones: van delante de vosotros. Llegan, por ejemplo, a insultaros, llegan a provocaros; no tanto, os impacientan u os molestan: os hierva la sangre, vais a encolerizaros, vais a estallar; mas no, dominaos, callad, contened el corazón, la lengua, las manos. Muy bien; sois dueños de vosotros mismos, sois valerosos, sois cristianos.

Os habéis engañado, habéis obrado mal, habéis ofendido a la verdad, al honor, a la caridad. Y ¿os quedaréis así? No, no es posible; brava, generosa y francamente desharéis vuestro error, repararéis la injusticia, daréis sa-

tisfacción al honor ofendido. Muy bien; sois valientes, sois cristianos.

Os han confiado un secreto, un secreto cuya confianza os obliga al sigilo. Sentís tentación de serviros de este secreto para vuestros intereses, para vuestra utilidad, ¿qué se yo para qué más? Mas no; sois discretos, os calláis, nada de este mundo os hace salir de vuestro silencio. Sois valientes, sois cristianos.

Más tarde, os encontraréis con un medio de ganar dinero, de hacer una gran fortuna, de llegar quizá a los más altos puestos; pero son ilícitos los medios. ¡Atrás! Renunciáis a esa ganancia, y os mancharía las manos ese oro que pisoteáis: *¡Vade retro, Satana!* Sois, valientes, sois honrados.

Allá entre los paganos era Prometeo, esto es, la fuerza soberbia que insulta al cielo, el tipo de la fuerza moral, de la paciencia. Entre nosotros, en el cristianismo, el tipo de esa fuerza es el mártir que perdonando siempre, y siempre orando, sufre y muere por su Dios.

Es necesario, hijos míos, tener siempre presente esta observación que es un gran consuelo. En la vida que se compone de una serie de cosas pequeñas, que deben hacerse grandes por la intención de corazón, son una excepción los sacrificios heroicos. «Lo que es pequeño, pequeño es, decía San Agustín, pero ser fiel en las cosas pequeñas es una cosa grande: *Quod minimum est, minimum est, sed in minimo fidelem esse magnum est.* No se nos ha mandado morir de un golpe por Dios, sino morir cada día, como dice San Pablo, y el secreto de ese sacrificio de todos los días está en el fiel y constante cumplimiento de la regla. Hablo de la fuerza; pero la regla es la fuerza reprimida, contenida, domada, como lo es la del vapor con el regulador de la máquina. Mediante ese regulador, puede ser distribuída la fuerza con orden y medida, y dar a

todo el resto acción y movimiento. Sin eso no hay más que desperdicio, despilfarro, desorden. Fuera de la regla se anda mucho, pero fué del camino, *magni passus extraviam*; o, como dice San Pablo, se dan grandes golpes al aire, *quasi aerem verberans*. Es sin duda sujeción y atadura a la regla; pero sujeción y atadura de las cuales se dice en el capítulo IV del Eclesiástico: «Te serán sus cepos en defensa de fortaleza y basas de virtud, y sus argollas en estola de gloria; porque en ella está la belleza de la vida, y sus prisiones son ligaduras de salud».

Hablar de la fuerza es hacer pensar en el grande y santo Presidente del Ecuador, García Moreno. Pero deseo que penséis en que antes de ser el mártir heroico que conocéis, fue el más exacto y el más reglamentario de los estudiantes. Estuvo en París estudiando las ciencias matemáticas, físicas y naturales, y en su pobre habitación de la calle de la Antigua Comedia trabajaba diez y seis horas al día, y decía: «Si tuvieran los días cuarenta y ocho horas, cuarenta estaría yo sobre los libros, sin faltar un minuto». Hacía uso entonces de toda su fuerza para combatir contra sí mismo, como se sirvió de ella después, para luchar contra los enemigos de Dios, absteniéndose de todo, no sólo de los placeres ilícitos, sino hasta de los goces permitidos. Por eso, cuando sonó para él la hora del sacrificio, el sacrificio lo halló presto. Su última carta al Papa Pío IX era la oblación magnánima de su sangre por la causa de Dios. Al fin de aquella carta decía: «Santísimo Padre, hoy que las logias masónicas vomitan contra mí toda suerte de calumnias y de injurias, las más horribles y las más atroces, preparando en secreto los medios para asesinarme, tengo más necesidad que nunca de la divina protección para vivir y morir en defensa de nuestra santa religión y de esta querida República a cuyo gobierno me ha llamado Dios. ¡Qué mayor honor puedo tener que verme aborrecido y calumniado por amor de nuestro divi-

no Redentor! Pero mayor sería mi honor todavía, si Vuestra Santidad me obtuviera del cielo la gracia de derramar mi sangre por Aquél que, siendo Dios, quiso por nosotros derramar la suya en la cruz».

Algunos días después, el 6 de agosto, García Moreno, que acababa de oír misa y de comulgar, fue asesinado por la masonería, y expiró pronunciando estas sublimes palabras que debieran ser su único epitafio: *¡Dios no muere!*

Y ahora os diré, hijos míos, para dar fin a esta instrucción. Levantaos, marchad, que vuestra fuerza os acompañe. Esperad: quiero deciros algo más. Arrodillaos, jóvenes soldados, no tenéis armas. Arrrodillaos: llamad en vuestra ayuda el divino auxilio. ¡Dios mío! ¿qué acabo de hacer en este discurso? Os he hablado de la fuerza, como si la fuerza estuviera en el hombre, que no es más que impotencia, flaqueza, debilidad, nada. ¿Cómo he olvidado el aviso del Apóstol, cuando nos dice que no podemos por nosotros mismos tener ni un buen pensamiento: *a nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est?* Sí, pero también dice el Apóstol que todo lo puede el hombre en Aquél que le fortalece. Y sois Vos, Dios mío, el que me da fuerzas, es vuestra gracia la que me sostiene, es vuestra mano la que me conduce, es vuestro pan el que me alimenta.

Sé lo que haré entonces. Príncipe y Soberano mío: haré como los jóvenes franceses de la antigua Caballería: me arrodillaré a vuestros pies, para que me arméis Vos caballero, para que me honréis con vuestras armas. Las tomaré de vuestro altar, templadas por Vos, y por Vos enriquecidas de vuestra energía, y en vuestro nombre me adelantaré a la lucha con la seguridad de la victoria. Así sea.

MONSEÑOR BAUNARD